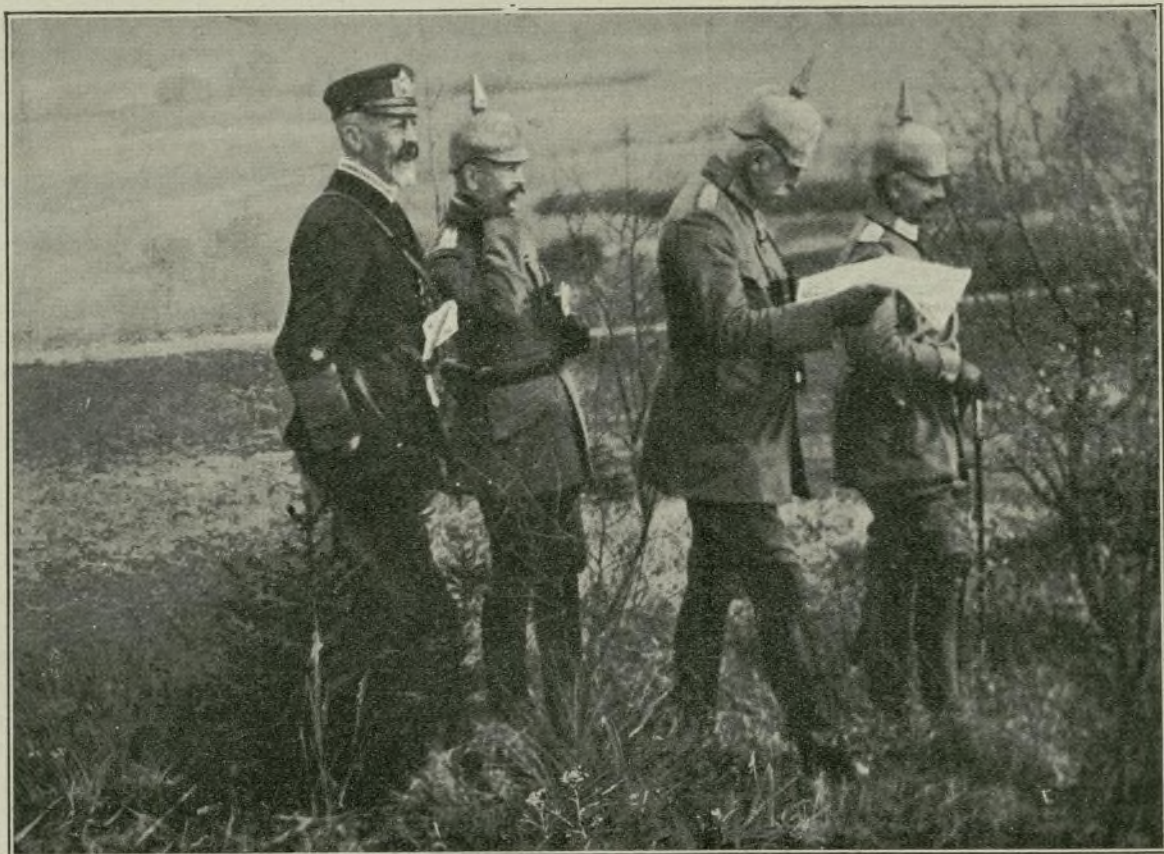


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 60.—BARCELONA 22 DE JULIO DE 1915



El Kaiser y el príncipe Enrique (este último con el uniforme de marina) en campaña

## SI VENCIERA ALEMANIA...

### I.—El porvenir de Rusia

Echemos a volar el entendimiento y sondeemos en lo porvenir, partiendo del estado en que se encuentra la guerra y de los mil problemas internacionales que han surgido, los unos, y cobrado nueva vida, los otros, desde agosto de 1914 acá.

Correspóndele á Rusia, triste honor de quien ha recibido los golpes más recios, ser la primera en nuestro examen.

No nos tilde el lector de alimentar fantasías, ni de inventar lo que nunca nadie ha soñado. Se realizará o no lo que anunciemos; pero ello ni es con sofisma, ni carece de raíces en los sentimientos nacionales de algunos pueblos. Por otra parte, cuando leemos, sin que estalle la risa en nuestros labios, que Rusia discute con Rumanía la porción de la Bukovina y la parte de la Transilvania que ha de cederle, en vez de pensar cómo va a defender la Polonia, la Volhynia y la Curlandia, ¿qué mucho que nos preocupemos en indagar los planes del hasta ahora vencedor? Porque a nuestro público sólo se le ha mostrado el panorama desde un punto de vista; se le ha dicho y se le repite cada día, que los imperios centrales detentan territorios que no le pertenecen histórica ni étnicamente y oprimen y avasallan

a millones de súbditos mal avenidos con la tiranía de que son víctimas; pero se guarda astuto y prudente silencio sobre el reverso de la medalla: ¿no hay detentadores entre las naciones aliadas, no hay descontentos ni indóciles en ellas? Dejemos que los rusos den muestras de sus talentos diplomáticos en la cesión y regalo de provincias cuyos nombres van unidos a derrotas espantosas; y ya que los germanos callan y no dan a conocer sus miras y planes, indaguémoslos por nuestra cuenta.

Rusia no ha llegado nunca a inspirar temor a los estadistas alemanes; cierto que entre ambos países surgieron discordias a veces—una de ellas contribuyó a la alianza austro-alemana—, determinadas por lo general por la cuestión balcánica y la existencia de Constantinopla; pero esas desavenencias no llegaron a revestir caracteres agudos, ni se descubría la posibilidad de un choque armado, porque no se encontraban abiertamente en pugna los intereses de ambos imperios. La cuestión de Polonia parecía resuelta, aunque mal, y Alemania encontraba en el E. un magnífico mercado para la colocación de sus productos fabriles e industriales. La diplomacia de Ber-



lin, en mantillas desde la retirada de Bismark, creía que, empujando a Rusia hacia el Asia, y fomentando la armonía y la amistad entre las dos casas reinantes, laboraba prácticamente para el porvenir, y no comprendió que Inglaterra, a la que lastimaba el avance de Rusia en Asia, esgrimiría todos sus recursos para parar el golpe; tampoco supo advertir que el dinero de Francia se atraería a Rusia, cuyo oro, tan necesario en el inmenso Imperio, pasaba a manos de los comerciantes y mercaderes alemanes.

Como quiera, las doctrinas pan-eslavistas cobraron incremento, se apuntó contra Alemania como responsable de que la península balcánica no fuera aún rusa, y apareció una política imperialista—representada y dirigida por el partido militar—esencialmente europea, contra la antigua que era asiática y anti-otomana. Esas ideas no trascendieron al pueblo y quedaron confinadas a los elementos burocráticos, que son los que gobiernan, hacen y deshacen a su antojo; pero como el destino de los pueblos que aún no han llegado a concretarse depende de unos pocos individuos y no de los más, la rivalidad con Austria-Hungría se vigorizó a medida que esta última nación se fortalecía y extendía hacia los Balcanes, y se engendró una política netamente anti-alemana, disimulada y tímida al principio, vigorosa y enconada después.

Una vez terminada la guerra—repitamos que en la hipótesis de la victoria alemana—, el deseo del desquite, el dolor de las heridas recibidas, la humillación y el amor propio lastimado, extenderán el espíritu de odio a Alemania, y ésta tendrá que prevenirse contra un peligro, remoto si se quiere, pero aterrador y pavoroso, tanto más serio cuantos más años perdure la paz. Es muy posible, por no decir probable, que Rusia abandone su política asiática y evolucione hacia occidente; la amenaza no será ya para Alemania solamente; abarcará al resto de Europa.

Si Alemania puede, extirpará de raíz el cáncer, y nunca mejor ocasión que después de una victoria. La medicina y la cirugía políticas entrarán en funciones.

¿Qué hacer para que Rusia deje de ser un peligro? No hay más que uno: destruir a Rusia, acabar con ella. No se asombre el lector, ni se sonría, y tenga un poco de paciencia. Rusia es grande por su extensión territorial; ¿lo es por la unidad de razas, por la comunidad de intereses de sus moradores, por los lazos de la historia, por la fortaleza de sus mecanismos de Gobierno? No es menester contestar a todas estas preguntas; sería suponer poco ilustrado al lector. No hace aún dos siglos que todo el S. de Rusia estaba en poder de los turcos; los habitantes del Cáucaso y de los Urales llevan aún menos tiempo sometidos al gobierno imperial; Finlandia es otra Irlanda; ocioso hablar de Polonia; las provincias Bálticas eran de hecho casi alemanas; la Siberia estaba sin conquistar; y el pequeño núcleo de rusos propiamente dichos que sometían a los que hoy son sus conciudadanos, tenían que servirse de la fuerza y echaban en el terreno la semilla de la rebelión y de la libertad, que muchas veces ha brotado desde entonces y otras tantas ha sido anegada en sangre.

Constitución de un reino o gran ducado de Polonia, dentro de la órbita alemana; entrega a Ruma-

nía de parte de la Besarabia; la otra porción y un trozo de Volhynia y Polonia, a Austria-Hungría; anexión de una o dos provincias bálticas; devolución de Finlandia a Suecia; extensión de Turquía en Asia hasta los límites naturales del Cáucaso; expansión de Persia por el N.... medidas son propias de la cirugía y que exigen la sierra y el cauterio. Conjuntamente, entra la medicina en acción: apoyo a las aspiraciones nacionalistas en Ucrania, para constituir un Estado independiente, comenzando por ser autónomo; autonomía de las provincias de Riga; propaganda para que el labriego ruso despierte de su letargo y sea algo más que un cuerpo sin alma ni voluntad... El resultado de todo ello sería el empujamiento político de Rusia, dejándole campo abierto en Asia, y crear una barrera o espacio neutral entre ella y los imperios centrales; y hundimiento del Gobierno burocrático, que ha hecho posibles guerras tan ilógicas como la actual, substituyéndolo por otro en que tenga entrada la voz popular.

¿Son estos, delirios ó ensueños? Que Alemania, si triunfa, habrá de preocuparse de precaver y descartar, en lo posible, los peligros de una nueva guerra, no debe ponerse en duda, porque de la misma manera obrará el que venza, sea quien fuere: inutilizar al adversario; y no hay otro medio, en lo que atañe a Rusia, que empujarla a oriente, restarle energías en Europa y dar intervención en el manejo de la cosa pública a las clases que representan la vitalidad y fuerza productora del país. Que por la senda trazada avance mucho Alemania y remate su programa, o se quede a mitad del camino o simplemente en sus comienzos, depende del grado de decisión de la victoria.

Si la guerra favorece a los germanos, y mutilan y despedazan a Rusia, no deberá sorprender a nadie, ni menos disputarse acción exagerada, bárbara, cruel y sin precedentes; porque si en los días mismos de sus derrotas los rusos ofrecen a los neutrales pedazos de territorios húngaros y anuncian su propósito de arrebatarse algunas comarcas a los alemanes, ¿qué más natural que someterse ellos mismos, los moskovitas, a la ley que pensaban aplicar a sus adversarios?

El exceso de arrogancia, la sobra de confianza, cuando no están bien fundadas, y la incontinencia de palabra y de pluma, despojan de razón a los que se creían invencibles por su número y extensión territorial. ¡Ay de ellos si son vencidos! Han desatado la tempestad, y el huracán tronchará los árboles medio desarraigados ya por el plomo y el fuego. El que quiere arrebatarse a otro lo que pertenece a éste, carece de derecho para lamentarse si el presunto despojado, por achaques de la suerte y la ley del destino, se trueca en vencedor y árbitro.

.....

## COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

Sedán. — Cuartel General

IV

A media velocidad, para darnos tiempo de contemplar un tanto la región que atravesábamos, con-



dúcenos el automóvil de Bouillon a Sedán. Pronto cruzamos la frontera franco-belga sin notarlo siquiera, que a uno y otro lado rige, por de pronto, el hierro germánico, haciendo desaparecer divisiones territoriales, que no cuadran y sí estorban al régimen militar a que la región está sujeta.

Frénois, la aldea en donde se firmó la mañana del 2 de septiembre de 1870 la capitulación del ejército francés, la vemos de paso, sin detenernos. El castillo Bellevue otro tanto. En él tuvo lugar la entrevista entre el emperador Napoleón III y el rey Guillermo el mismo día 2 de septiembre.—Nuestro guía, como buen bachiller alemán, sabe de memoria todos los pormenores de los acontecimientos desarrollados en aquella época y sostiene una clase oral ante nosotros.

Más frescos que estos recuerdos, se presentan a nuestra mirada los vestigios palpitantes de los combates recientes. Diseminados sin orden, ni arte, se levantan montículos de tierra lavados por las aguas. Son las tumbas sencillas, rudimentarias, de los héroes sin nombre que cayeron bajo las balas enemigas en cumplimiento de un deber. Toscas cruces de madera, hechas de prisa, designan de vez en cuando la posición del cuerpo que allí yace. Las nieves del invierno las cubrieron una vez y, al derretirse, arrastró el agua consigo la tierra suelta. Con frecuencia asoman entre la tierra gris, la visera de un kepi, pedazos de correas, cantimploras y otros objetos militares, restos, que el tiempo no consiguió destruir, del armamento o el vestuario, bajo cuyos atavíos latió no ha mucho un corazón en pleno vigor y en plena fuerza. Testigos mudos son que hablan elocuentes al que los mira, de los horrores más sensibles de la guerra. Nuestro guía señala el campo con el dedo y, con voz queda, apenas perceptible, exclama: «Son los guerreros de la patria, escogidos por la suerte para representar nuestros derechos ante el eterno tribunal de Dios».

Callamos, y sólo se escucha el acompasado golpear de los émbolos en los cilindros del motor.

Ahora corre el automóvil por las calles de Donchéry. Cuadro adecuado para nuestro estado de ánimo del momento.

Reina en el pueblo un silencio profundo, parece que hubiera pasado por él el negro manto de la muerte sembradora de desolación, condenándolo a un duelo sin fin.—Fresco está aún en las memorias de sus habitantes el ruido estridente de las balas. En 1870 abrigó en su seno a Moltke y a Bismark, y el eco vive en sus paredes todavía de las voces de los generales Moltke y Wimpfen discutiendo, la tarde del 1.º de septiembre, sobre las bases de la capitulación del ejército francés.

De la casa en que estos preliminares se sucedieron, no queda actualmente sino un montón informe de escombros. Dícese que es efecto de los cañones franceses....

Sobre una colina de ligeras pendientes, entre graciosos bosquecillos, levántase Sedán. A su vista cambia de manera prodigiosa el aspecto de nuestro capitán. Yérguese y sus ojos brillan. El orgullo germánico despiértase en su pecho: ¡Sedán! ¡Cuánto significan estas dos sílabas de aquel lado del Rhin!

Abandonamos nuestros vehículos y nos dirigimos a pie al campo de batalla del 70. Sólo hacemos

alto al pie de la tumba del bravo general Margueritte. Allí, formando círculo al rededor del capitán de Estado Mayor, oímos de su boca, un plano en la mano, la descripción del desarrollo del combate.

Allá al sudeste atravesaron el Mosa los soldados bávaros a las 4 de la mañana, comenzando así la batalla de doce horas. Más arriba sajones, después la Guardia prusiana, extendiéndose hasta el N. para impedir la salida hacia el E. o hacia Bélgica de los franceses. Al oeste ocuparon, después de cruzar tres veces el río, la ribera del Mosa los soldados del 11.º cuerpo de ejército, de cuyas filas salió la bala que hirió al valiente general que este monumento rememora.—Volvemos la vista al S. Aquí Sedán iluminado por los últimos rayos del sol, magnífico. Tras de Sedán y tras del río, cuidaba el 2.º cuerpo de ejército bávaro que cualquier esfuerzo francés por salir por Torcy fracasara. Y más lejos aún, la altura desde la cual dirigía el rey de Prusia la batalla que había de decidir de la suerte del imperio napoleónico.

Enseguida volvemos a correr camino de Charleville. Descendemos a la puerta del hotel. Diez minutos para lavarnos las manos y sigue la carrera al cuartel general. Al fin hemos alcanzado el punto tan deseado, sobre cuya situación tantas preguntas nos hemos hecho en vano.

Debemos cenar en compañía del jefe de Prensa, mayor Nicolai. Mis compañeros y yo tomamos asiento a la mesa discretamente adornada con flores. Además del mayor Nicolai, varios oficiales del Estado Mayor se sientan entre nosotros. Grande afabilidad y conversación agradable distingue a nuestros agasajadores. A la hora del champagne toma el mayor Nicolai la palabra para desearnos la bienvenida en nombre del general en jefe del Estado Mayor del ejército en campaña y el suyo propio. Enseguida nos expresa cómo habremos de encontrar todos las facilidades posibles para el cumplimiento de nuestra misión. «Señores—termina—de vuestra amistad esperamos tan sólo, que iréis a relatar al mundo entero lo que realmente hayan visto vuestros ojos».

En el salón inmediato pasamos enseguida varias horas en la más amena charla, frente a sendas tazas de agradable café y entre el humo gris de finos tabacos hamburgueses. Naturalmente, se habla de la guerra. Las magníficas cartas que cuelgan de las paredes nos suministran fundamento bastante para discurrir largamente sobre las acciones militares en ambos frentes.

En medio de este entretenimiento tan pacífico, semejante al estudio teórico de la escuela, no pensamos un instante que nos hallamos en el centro de la gigantesca acción militar que millones de soldados sostienen en estos mismos momentos contra un mundo de enemigos de casi todas las razas pobladoras del planeta, coaligados para demoler a un pueblo y a una raza.

Muy distinta es la impresión que vamos a experimentar al salir del edificio. A media noche, no deja, sin embargo, de oírse el rumor opaco que produce un mundo de seres humanos en trabajo sin tregua, de noche como de día. En la obscuridad impenetrable, indican a cada momento los pasos rápidos, pero firmes, de sombras que van y vienen, acompañados de



la espada, que quienes van son soldados y. que el lugar alberga un campamento militar.

Volvemos a ocupar nuestros lugares en los automóviles. En cada uno de estos va un oficial del cuartel general. A cada centenar de metros levántase una lamparilla roja frente al auto, que indica el «alto,



El gran duque Miguel, hermano del Czar, que resultó ligeramente herido en los combates de Kalvariya

quién vive» del centinela. A cada señal semejante hay que detenerse y los oficiales ocúpanse en mostrar los pases respectivos. Esta sencilla diligencia, que, por lo demás, hace nuestra marcha sumamente lenta, es en absoluto necesaria para la seguridad de nuestras personas. Pasar de largo tendría por consecuencia inevitable una descarga rápida de los centinelas sobre nuestros coches.

A dondequiera que vuelvo las miradas atraviesa las tinieblas alguna serie de lucecillas semejantes, a cuyo lado descubre mi imaginación un soldado despierto, con los ojos abiertos. El campamento todo que parece dormir bajo el manto oscuro de la noche y en el cual velan sin cesar por la seguridad del hogar todos sus habitantes, ofrece uno de esos contrastes grandiosos de que está llena la vida.

Una hora y media más tarde, podemos al fin reposar nuestros cansados miembros en las camas del hotel. Desvelado y sin sueño, como estoy, después de haber encendido un cigarro marca «Hinderburg», cuyas espirales de humo sigo en el espacio, dejo divagar mis pensamientos vivificados por las espumas del champagne en persecución de las maniobras en los cercanos campos de batalla.

#### Charleville. — Saint Quentin

##### V

A las 8 a. m. parte nuestro tren de Charleville para Saint Quentin. A ambos lados de la vía férrea

se extienden planos campos sembrados de un verde temprano, avivado por los rayos de un sol magnífico. Aquí hace sentir su mano férrea la administración incomparable de los alemanes. Mientras no muy lejos, al S. y al E., prestan los soldados grises una resistencia indomable en el fragor de las batallas, ofrece en esta región su acción incansable un aspecto mucho más pacífico y saludable, pero no menos digno de admiración. Bajo su vigilancia y solicitud, trabaja en el cultivo de la tierra el pueblo francés que no huyó a tiempo. En esta tarea no han ahorrado previsión, ni esfuerzo. El capitán que se sienta a mi lado en el coupé muestra un orgullo fundado y, cual si describiera una batalla ganada, indica con la mano el campo, diciéndome: «Mire usted esos sembrados tan hermosos, ellos nos darán una cosecha espléndida y nos asegurarán contra el hambre con que en vano nos amenazan nuestros enemigos». Y, en medio de su seriedad, no puede contener una risa cordial, que me reanima: es un testimonio más de la confianza y serenidad inalterable con que el pueblo alemán entero espera la decisión favorable de esta lucha enorme.

Al aspecto natural y burgués la tranquilidad que presentan las largas sementeras, minuciosamente separadas por líneas rectas, hubiera casi olvidado que todo esto, unos cuantos meses ha, fué también campo de batalla, a no ser por signos inequívocos que de trecho en trecho refrescaban mi memoria. En efecto, las conocidas colinillas de tierra removida, coronadas de cruces de torcidos brazos y un casco enfundado en la punta, se destacan aquí y allá...



El general sir Ian Hamilton, jefe del ejército británico expedicionario a los Dardanelos

Custodiados por soldados alemanes, trabajan prisioneros franceses. Unos levantan el terraplén para una nueva vía férrea, otros empujan lentamente



caños cargados de piedra sobre la vía provisional de un *décauville*, otros aseguran los rieles en las traviesas, con pesados martillazos regulares.

A cada instante encontramos un centinela armado, en la inmovilidad de un poste de telégrafo. Centinelas se ven en cada empalme de dos vías, en cada escarpe del camino, en cada cabeza de un puente. Si alguno de éstos es de relativa importancia, ha recibido en una extremidad un puesto armado de ametralladoras, no contra merodeadores que vengan a pie a causar un daño, sino contra aviones enemigos que lleguen a cruzar los aires. No raramente, llevan

cuando éste hizo alto y ya bien atrincherado volvió a ser fuerte. De entonces data la transformación radical que ha sufrido durante esta guerra el aspecto de la lucha; una nueva fase principió allí. El combate en campo raso transformóse en combate de posiciones.

Abandonamos el Oise, al oeste de Guise. A las 11 h. 12 m. llegamos a Saint Quentin. Nos han asignado varias casas para nuestro alojamiento. La mía está situada en la calle de Metz. La patrona es una esbelta francesa en sus mejores años, comunicativa y simpática. Alégrala en extremo tener esta vez en



Soldados no combatientes de la landsturm alemana construyendo un puente en Rusia a últimos de abril

además una malla *ad hoc* que recibirá en su seno las bombas que caigan de lo alto. Esta ingeniosa cuanto sencilla adopción impide que las bombas estallen al encontrar las partes resistentes del puente; pues se quedan detenidas en la red elástica o son desviadas, yendo a producir sus efectos lejos de la armazón del puente.

Cinco minutos en Hirson. A fines de agosto pasó por aquí la arrolladora avalancha del avance alemán. El ejército francés, obligado a un retroceso rapidísimo, abandonó sin combate toda la línea de fortificaciones de que Hirson forma parte. El del Kaiser, en su irresistible avance victorioso, encontrése pocos días más tarde en el Marne; la audacia de von Kluck llegó hasta el punto de pasear, en la primera semana de septiembre, caballería alemana unas cuantas millas al N. de la ciudad luz, ante las aterrorizadas miradas de los parisienses. Mas la invasión rusa en la Prusia Oriental, unida a un error alemán, salvó a París, y el atrevido avance se trocó en retirada hasta aguas de el Aisne. Rehabilitados los franceses reorganizados per Joffre avanzaron contra el invasor, deteniéndose

su casa un neutral. A pesar de todo, habla con cierto recelo, a que seguramente le ha acostumbrado el trato durante largos meses con los nuevos señores del país, que son los enemigos de sus gentes. Su marido está en la guerra, me dice, y esquiva las preguntas que sobre el punto la hago, dándome por toda respuesta un: «La guerre est tres, tres triste!», que repite a menudo. La conversación se anima por instantes. Ellos no han querido la guerra, asegura, es la obra tan sólo de algunos malos inconscientes, entre los cuales sabe mencionar los nombres de Poincaré y Delcassé y añade que también la prensa son los culpables. Ella ha permanecido aquí después de la invasión, porque no sabe a dónde irse y porque antes no creyó nunca que pudiera acontecer. Sin embargo, no puede decir que haya sufrido mucho desde que la ciudad está en calma relativa, es decir, desde que no se verifican combates en ella. Los alemanes son rígidos, pero no incómodos para quien sabe contenerse dentro de los límites marcados.

El 28 de agosto fué derrotado el ejército inglés, al cual se habían unido tres divisiones territoriales



francesas, al N. de Saint Quentin, y pasó en retirada por la ciudad hacia el S. O. El 31 derrotó el general von Bülow, cerca de Saint Quentin, un ejército francés que ofreció resistencia, después de haber hecho prisionero a todo un batallón inglés de infantería.—Aquellos sí fueron días de sustos y temores, pero ya están muy lejos en el pasado.

Salimos de paseo. La ciudad está triste. Por sus calles no pasan más que soldados alemanes, pues de los habitantes una gran parte, todos los acomodados, abandonaronla desde un principio y los demás prefieren permanecer encerrados en sus habitaciones, que ver a todas horas las caras de los vencedores, a quienes no quieren, ni pueden querer. Puestos de periódicos servidos por alemanes y restaurants alemanes también.

En la plaza del «Hotel de Ville», frente al «Hotel de Ville» mismo, uno de los más bellos edificios de su género de toda Francia, se levanta el monumento conmemorativo de la defensa heroica de la ciudad hecha por el almirante Coligny el siglo XVI contra los ejércitos de Felipe II. Es la famosa victoria de Saint Quentin o de San Lorenzo, pues que fué ganada el 10 de agosto, día de este santo. El Escorial se presenta ante mis ojos; aquí juró Felipe II construirle en forma de parrilla para recordar el martirio de San Lorenzo, por más que no falte quien cuente que prometiolo así por haber destruido el fuego de sus cañones la iglesia de este santo en Saint Quentin. — Mis acompañantes escuchan mi relato con curiosidad y, acabado, me tiran de la americana para llevarme a ver algo que a ellos de más cerca toca, que mis glorias ibéricas. Paseamos, por los grandes boulevards que fueron un tiempo — hace más de un siglo — fuertes murallas. Bellos edificios y la iglesia gótica enorme. En todas partes se nota más o menos el efecto de los combates; el paso desolante de la guerra se deja sentir en las cornisas, en los árboles, en los tejados y aún en los muros. Y por todos lados soldados, siempre soldados, con sus uniformes grises y hasta los cascos, con las amplias botas, que hacen resonar las calles y estremecer a los temerosos moradores de las casas. Al fin estamos ante el otro monumento, que conmemora también una resistencia heroica, pero también una derrota: la de Saint Quentin en 1870. A sus pies hay colocadas burdas coronas, tejidas por las duras manos de los soldados germánicos.

Es la hora del almuerzo. El jefe del segundo cuerpo de ejército nos espera con su Estado Mayor. El almuerzo del general von Bülow es sencillo, es un verdadero almuerzo de campaña: sopa, lengua de vaca, postre y nada más. Bueno es, en cambio, el vino rojo francés que nos sirven, y cuando yo he bebido un vinillo cordial hago la cuenta que he comido.

Una de las oficinas hace las veces de *fumoir*. Estando en Francia hay que obedecer a ciertas reglas del «bien vivre» para que no digan después los habitantes que se es bárbaro. Por lo demás, el café es berlinés y los cigarros de Hamburgo. Los comensales también son alemanes. Su jefe es sencillo, llano y franco. Ostenta en su pecho, con orgullo, una condecoración del «ordre pour le mérite». Se trata de Italia y a mis preguntas responde sin alterarse: «Un enemigo más y una rama más que agregar a la

palma de nuestra victoria, que, como soldados, esperamos con fe y tranquilidad».

Luego agrega: «Al otro enemigo es al que no podemos vencer tan pronto en sus siete cabezas: la *mentira*. Por eso me alegro que hayan venido ustedes a ver la realidad de las cosas».

La conversación con un soldado de este temple y fuerza moral, es un placer para cualquier militar que sabe amar su profesión.

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Armonías aliadas

—¿Cómo va esa guerra, señor A?

(El señor A).—Perfectamente, a pedir de boca.

—¿Continúan tan incansables los rusos y tan impetuosos los italianos?

(El señor A).—No me ocupo en pequeñeces.

—Gracias, en nombre de los rusos. ¿Han llegado ustedes ya a Constantinopla?

(El señor A).—¡Bah! ¿quién piensa en eso? ¿Aún no ha comprendido V. el verdadero objeto de la expedición a los Dardanelos?

—Me parecía entenderlo; tal vez me equivoque.

(El señor A).—¿Cuál?

—Sencillamente, gastar contra los turcos el exceso de municiones que tiene Inglaterra, y dar de baja de un modo decoroso, al frente del enemigo, los barcos británicos inútiles, también sobrantes; porque a Inglaterra le sobra todo, hasta los alemanes.

(El señor A).—Desbarra V., don Subrio, ¡por Dios, cuánto desatino!

—Eso es lo que pensaba yo también, pero no me atrevía a decirlo por respeto a sir Jan Hamilton y lord Kitchener.

(El señor B).—Me distrae oír lo que hablan ustedes, sin entenderse ni sospechar que no se entienden.

—¡Infeliz de mí! ¿Cómo voy a sospechar nada, si comienzo por no saber cuáles son los fines que se proponen los aliados en los Dardanelos? Espero con impaciencia que me los explique el señor A.

(El señor A).—Es V. tan locuaz, que tentado estoy a dejarle en la obscuridad, para que se acostumbre a no tomar a broma lo que le digo.

—¡No sea V. cruel, señor A, y libreme de la impaciencia que me devora!

(El señor A).—En serio: ¿ignora V. el objetivo de la expedición contra los turcos?

—Como no sea el que he dicho antes, me confieso

(El señor A).—Alguna vez me había de corresponder a mí enmendarle la plana.

—Soy todo oídos, señor A, y le prometo no reirme... hasta después.

(El señor A).—No serán ganas de reír las que le asalten; tal vez lo sean de llorar.

—¡Pobres de mis cabellos! ¡Siento cómo se erizan y quieren escapar de mi cráneo!

¿Hablará V. por fin o no hablará, caballero de los jeroglíficos?



(El señor A).—Ante todo ¿sabe V. quiénes componen el cuerpo expedicionario?

—Ingleses y franceses.

(El señor A).—Se equivoca V.: turcos, zuavos, moros, tunecinos, senegaleses, australianos, neozelandeses y toda la variedad de indostánicos. ¿Cree usted que tales contingentes hacen falta en Francia?

—No, señor; a lo sumo, para aumentar la dificultad de la alimentación en Alemania, cuando cayeran prisioneros.

(El señor A).—Pues, si no son necesarios en el frente occidental, nada se pierde con enviarlos a Turquía y contribuir...

—Pero, y ¿las municiones?

(El señor B).—No sea V. cándido, don Subrio: las municiones las ponen los franceses.

—¿Y los barcos?

(El señor B).—Ahora serán los italianos y franceses quienes...

(El señor A).—Exacto. Luego, quedamos en que Inglaterra no pierde nada emprendiendo esa expedición.

—¿Y Francia?

(El señor A).—¿Quién se acuerda de Francia? ¿No es bastante honor para los franceses batirse al lado de los ingleses y sacrificar diez departamentos en holocausto a los britanos? ¿Quién, sino éstos, les compensará con colonias?

—Ajenas, ¿no es verdad, señor B?

(El señor B).—¡Ganadas con la punta de la espada!

—¿Qué espada?

(El señor B).—La de Botha y los boers.

—¡Es verdad! ¡Ajena también! Se me olvidaba.

(El señor A).—Poniendo frente a frente a mahometanos contra mahometanos, Inglaterra derrumba el poder espiritual de la media luna, y se afirma más en Egipto y Asia. Ya tenemos una ventaja, y no pequeña. Segundo, se obliga a Alemania a mandar oficiales y municiones a Turquía, con menoscabo de su potencia en Flandes. Se tiene bajo la presión de una amenaza inmediata, a Grecia, Bulgaria y, de rechazo, Rumanía: tercer objetivo. Cuarto, el conocido de parar el golpe contra el canal de Suez.

—¡Habla V. mejor que un libro de los que publican ahora los editores franceses! ¡Estoy encantado, señor A! ¡Adelante con la explicación!

(El señor A).—Se han ocupado Imbros y Tenedos.

—¡Y lo que se ocupará! ¡El caso es ocupar! Los desahucios nunca llegan, porque los caseros son muy bondadosos. Conformes, en absoluto.

(El señor A).—Con todo, el verdadero, el principal motivo es otro. Seguramente habrá V. oído decir, don Subrio, que los ingleses sólo ocupan un frente de 50 kilómetros, en Francia, y que el de los franceses se extiende....

(El señor B).—¡Cuidado, señor A., que descarrija V.! ¿Va V. acaso a inculpar a los ingleses? ¿No hacen más de lo que deben?

—¡Deben mucho, señor B., pero las deudas no las cancelan! No siempre han de ser ellos los acreedores, y los demás los deudores.

(El señor A).—Pues, bien: hallándose empeñados los ingleses en la expedición a los Dardanelos, nadie en Francia puede lamentarse con razón de que la

ayuda británica sea una fantasía; e Inglaterra se pone en....

(El señor B).—¿Esas tenemos, señor A? ¿Qué hubieran hecho los franceses el 23 de agosto sin tener a su izquierda a los britanos? ¿Y en la batalla del Aisne, quiénes fueron sino los ingleses....

—No interrumpa V., señor B. De suerte, señor A., que eso de los Dardanelos viene a ser algo así como una hoja de parra.

(El señor A).—Me ha comprendido V., don Subrio. Cuando gritan mis amigos los franceses, Inglaterra señala a la península de Gallipoli y demuestra que ha de enviar allá sus fuerzas y no a Francia.

(El señor B).—¡Todo lo podía esperar de V., señor A., menos lo que acaba de decir! ¿También V. contra Inglaterra?

(El señor A).—Y yo lo podía esperar todo de los ingleses menos que se hicieran el sueco y creyeran compensar con una docena de barcos viejos los tres millones de franceses que se están batiendo.

—¡Ja, ja! ¡Parecen Vds. verdaderos aliados! Tienen al enemigo delante, y andan a la greña. ¡Que si tú, que si yo...! ¡Soberbio! Para completar el cuadro, no falta más que nuestro amigo C., el ruso, y aquel muchachuelo italiano. ¡Si les metía a los cuatro en una jaula, no quedarían más que las uñas! ¡Es un sainete!

(Los señores A y B).—No nos ha entendido V., don Subrio; sólo discrepamos en la forma, en los procedimientos; en el fondo....

—Es inútil que se cansen Vds. En las alianzas, cada cual defiende lo que le conviene, antes de defender lo que le conviene al otro; por eso acaban siempre a cintarazos; y cuando en la alianza entra una nación que yo me sé, uno aguanta los palos y roe los huesos, y el otro se queda con la parte del león, digo mal, del leopardo.

SUBRIO ESCÁPULA

## UN DOMINGO EN CAMPAÑA

Casi en línea recta, se desenvuelve una carretera entre dos pueblos, durante muchos kilómetros, detrás del frente occidental. Árboles de troncos rectos se alinean a los dos lados del camino, tan bien conservados como si el azote de la guerra no hubiese pasado por allí. La carretera se pierde a lo lejos como larga cinta blanquecina que va escalando una altura. Es indudable que prestará buenos servicios a los aviadores, para orientarse.

A primera hora de una hermosa mañana, un cansado jinete adelanta por la carretera, de regreso del frente, cruzándose con el torrente de vida que va y viene del campo de batalla: carruajes y carruajes, que conducen lo que necesitan los tres elementos de la guerra: hombres, caballos y armas. Sobre los desnudos campos laterales, que ya verdean, se descubre un campamento de aviones; el día se presenta magnífico para las exploraciones aéreas.

Pasado un primer pueblo, el jinete llega a un segundo, que es su objetivo. La quietud es completa, como en tiempo de paz. Es verdad que un par de granjas, casi a la entrada del lugar, están destruidas y sus restos aún humean: fueron el último





El Kaiser en Flandes, presenciando un combate



Soldados alemanes de la Landsturm en las dunas de Flandes; la choza de tierra, que aparece detrás, les sirve para resguardarse cuando arrecia el cañoneo





Niños ingleses haciendo propaganda para el reclutamiento



Trinchera austro-alemana en las orillas del Dunajec

Ayuntamiento de Madrid



obstáculo en que trataron de parapetarse los franceses en su retirada; no obstante, los vecinos no han huido y están tranquilos, porque se han acostumbrado ya a los sobresaltos de la guerra. No son ahora los dueños exclusivos del lugar, porque las columnas que pasan reclaman sus auxilios, que se reducen a agua y alojamiento para hombres y caballos. El cuadro sigue siendo de paz; los vehículos están junto a los grupos de árboles o en los grandes patios; los caballos, en los prados o en los establos.

Cuando el jinete llega a la mitad del pueblo, se encuentra frente a una iglesia, de cuyo interior se escapan, a los acordes del órgano, las robustas voces de un coro alemán: es la función religiosa, porque estamos en domingo. ¿Quién sabe qué día es? Los campesinos, lo mismo que los soldados, han olvidado el calendario, pero a los jefes incumbe solemnizar las fiestas.

¡Domingo y órgano, paz y descanso! El jinete hace alto junto a la iglesia. Le parece estar soñando. De buena gana entraría en el templo y apaciguaría su espíritu con la dulzura de la religión, pero ¿dónde dejar el caballo? Así, los dos, hombre y bestia, permanecen fuera, como proscriptos.

De pronto, se oye un zumbido. Un par de rostros, denotando en sus miradas el recelo, aparecen en una puerta, y escudriñan el firmamento. ¡Sí, es el ave de mal agüero, el aeroplano enemigo! Cruza sobre el pueblo. Largo rato, se mezcla el estridente ruido del motor con las voces del coro religioso. El avión da la vuelta al pueblo, se eleva sobre él y describe un lazo; es la maniobra conocida; de lo alto se desprende un objeto gris, una bomba, cuya explosión interrumpe la quietud del momento. Ha caído junto a un grupo de carros; no ha causado es-

tragos, pero ha llevado allí la intranquilidad y el movimiento. ¡Es la guerra!

El cuadro se anima como por encanto. De todas partes acuden los protagonistas de los combates. Convojes y convojes pasan al trote por la carretera, vacíos los que retornan del frente, cargados los que van a él. La animación crece por momentos. ¿No es por ventura ya hoy domingo?

De nuevo el jinete monta a caballo y se interna en las callejas, saliendo un poco más allá al campo y descubriendo el hormigueo humano que lo invade todo. ¡No! hoy es un día laborable como todos.

Otra vez el pajarraco gris se acerca al lugar, cruza a lo largo de la calle principal; ahora el ruido del motor se confunde con el rechinar de las ruedas de los carros y con el choque de los cascos de los caballos sobre las piedras. Enseguida, el avión toma la dirección de la carretera, acelera su marcha, sube, baja... ¿qué busca? Las bestias, recelosas, enderezan sus orejas, los convojes apresuran el paso. El jinete, solo, en medio del campo, se detiene para contemplar el extraño espectáculo. Vuelve el aeroplano a trenzar una lazada, y en seguida se desprende una segunda bomba: a la explosión sigue una nubecilla blanca, que no tarda en ser disipada por el viento. El movimiento ha quedado en suspenso un segundo, pero en seguida vuelve cada cual a su labor comenzada. Hay que apresurarse, porque la guerra no da tiempo. ¿Quién dice que hoy es domingo? Hoy es día laborable, como lo fué el de ayer y lo será el de mañana, Estamos en guerra.

Lentamente, el aeroplano enemigo se pierde en el horizonte.

F. T.

(De la *Frankfurter Zeitung*).

## CRÓNICA MILITAR

I. La expedición a los Dardanelos.—II. Debilidad de las alianzas en las guerras defensivas.—III. El desembarco en los Dardanelos.—IV. La ofensiva al Sur de Lublin y la futura campaña.—V. La situación el 15 de julio

### I.—La expedición a los Dardanelos

Considerada desde un punto de vista elevado, la expedición a los Dardanelos era, en el concepto político, no sólo conveniente, sino necesaria, en cuanto pueden serlo empresas de esta índole. Debíó tener su origen en el convencimiento de los hombres de Estado de Inglaterra de que los ejércitos aliados no serían capaces de arrojar de Francia al invasor, y que, por lo tanto, la guerra no se resolvería favorablemente para ellos si no obtenían ayudas decisivas en el otro frente.

La apertura de los Dardanelos, sobre permitir la exportación de los productos rusos, que tanta falta hacen a Francia e Inglaterra, y llevar libremente a Rusia el material de guerra de que carece, tendría inmediatas e inevitables consecuencias. Grecia no podría permanecer neutral, lo mismo que Bulgaria, y Rumanía entraría fatalmente y aunque no quisiera en el palenque. Nuevos enemigos se alzarían contra Austria y Alemania, Rusia recobraría el vigor y el entusiasmo perdidos, y la Tracia y sobre todo el

Asia Menor ofrecerían ancho campo para premiar a los vencedores, por numerosos que fueran. De suerte que la expedición a los Dardanelos tenía por objeto resolver la guerra en el frente oriental, visto el fracaso de las anteriores ofensivas rusas y la imposibilidad de llevar la campaña a feliz término en Francia.

Pero una empresa de tan amplios y trascendentes vuelos era difícilísima de plantear, en el terreno político, por los múltiples intereses en ella envueltos, y requería una preparación militar y una ejecución casi impecables, si no se quería que los presuntos aliados no volvieran la espalda a los franco-ingleses, y que los recursos, que tan necesarios eran en el frente occidental, no se malgastaran en vano contra los turcos. Ha transcurrido tiempo más que sobrado para afirmar que ni esa preparación, ni la ejecución subsiguiente, estaban en relación con los obstáculos que debían vencerse. Seguramente que los ingleses no esperaban una resistencia tan enérgica por parte de los turcos, a los que creyeron agotados y desorganizados después de la guerra de



1912-13; y tampoco contaban con que los alemanes se dieran tan buena maña para fortificar y artillar los puntos importantes de la costa europea y del litoral asiático. Pero en expediciones tan lejanas y contra un adversario que estaba entregado a la dirección alemana—según de todos era sabido—, toda previsión era poca. La principal garantía del éxito, más aún en estos casos que en los choques entre potencias vecinas, había de buscarse en la rapidez, en la acometida brusca e impetuosa.

Notorias y públicas son ya las divergencias que estallaron en el seno del gabinete británico antes de decidirse el ataque por mar. Realmente, sin un ejército poderoso que, por lo menos, secundara y completara la acción de los barcos, el empleo exclusivo de éstos en un estrecho largo y angosto, donde esperaba una escuadra enemiga intacta, aunque débil, no merece otro calificativo que el de aventura, y las aventuras se pagan muy caras en la guerra. Con torpeza fué asimismo ejecutada la diversión y ataque a Esmirna, que fracasó como el golpe principal. El enemigo quedó desde entonces advertido de cuáles eran los planes de los aliados, y desapareció la vacilación en que acaso pudiera encontrarse sobre la más adecuada concentración de sus fuerzas: Esmirna, la península de Gallípoli y el litoral asiático de los Dardanelos, eran los puntos que convenía defender, y a ellos se encaminaron las masas más importantes del ejército otomano.

Para no confesar la derrota y arrostrar sus graves consecuencias ante las naciones balcánicas, los aliados persistieron en su propósito, pero esta vez ya no operaría exclusivamente la escuadra, sino que cooperaría en la obra un ejército expedicionario.

Es posible que si Inglaterra hubiera tenido libertad de acción para elegir el punto de ataque, no se decidiera por la extremidad de la península, en Sedd-el-Bahr, sino que tratara de acometerla de revés, conquistando el istmo y abreviando la marcha a Constantinopla. No me corresponde examinar si la actitud de Bulgaria, y aun la de Grecia, pesó o no en las determinaciones de los gobernantes; en el concepto militar, los desembarcos en Bulair tenían a su favor las ventajas importantísimas de poder ser ejecutados en varios puntos y permitir desde el primer momento el despliegue de fuerzas de consideración, a las que se presentarían varias direcciones de marcha; es claro, sin embargo, que para el éxito era menester reunir un ejército por lo menos tan fuerte como el otomano, y esto les estaba vedado a los franceses e ingleses. El desembarco en Asia era el más fácil de todos; en compensación, la marcha a Constantinopla hubiera sido extremadamente penosa, y la escuadra apenas pudiera apoyar las operaciones militares. No contando con superioridad manifiesta en fuerzas terrestres, pero sí en lo relativo a las navales, se eligió un término medio, preñado de inconvenientes y sin apenas ventajas. Hay que hacer la justicia a los generales franceses, de añadir que vieron con claridad las dificultades de la expedición y las señalaron a su debido tiempo; con todo, la empresa se llevó a cabo.

Acometiendo a los turcos por el extremo de la península, los cañones de los barcos aseguraban la posesión de aquella punta y protegían contra los ataques del invadido, de modo que la fase inicial se

realizaba en inmejorables condiciones. Para distraer la atención del enemigo y moverle a dividir sus fuerzas, se desembarcó también en la costa asiática y y en el centro, aproximadamente, de la península. Mas los franceses hubieron de reembarcarse casi enseguida, arrojados de Asia por los turcos, y poco después tuvieron que hacer lo mismo los australianos en la península. Todo el esfuerzo se concretó en Sedd-el-Bahr, y el 1.º de mayo comenzó la lucha con las tropas otomanas, que se reforzaron diariamente.

El escaso frente de la punta de Gallípoli es el bastante para el despliegue del ejército expedicionario, pero si evita o imposibilita que los turcos emprendan maniobras de flanco, para las que no hay espacio, también priva de ejecutarlas al invasor, que tiene forzosamente que valerse de ataques frontales, los más sangrientos y costosos. La ventaja de estar flanqueado el avance por los fuegos laterales de las escuadras, quedó limitada al ala izquierda, porque la aparición de los submarinos alemanes ha alejado de los Dardanelos a los barcos franceses e ingleses, y con ello se ha perdido una de las más favorables circunstancias con que contaban los aliados: la acción incontestable de la flota.

La línea de marcha desde Sedd-el-Bahr a Constantinopla es muy larga; con que se conquiste la mitad meridional de la península será lo suficiente para que caigan en poder de los aliados los fuertes que defienden la angostura; pero ¿podrán pasar los barcos, dominando los turcos la costa asiática y teniendo submarinos de que valerse? La respuesta no es muy clara. Lo probable es que aunque triunfen los aliados en esta primera etapa, tengan luego que superar otras dificultades no menos graves.

En el mes de mayo, el ejército británico ha perdido en los Dardanelos 38,636 hombres; sumando a esta cifra las bajas francesas y las de ambos ejércitos en el mes de junio, de acciones aún más terribles que el anterior, las pérdidas deben de elevarse a más de 100,000 hombres, sin que tanta sangre haya servido más que para avanzar algunos centenares de metros, menos de medio kilómetro probablemente. ¿Se encuentran los aliados en estado de prodigar tanta sangre en Turquía? Resueltamente, no. Por no hacer el sacrificio de una vez, llevando a Bulair o a otro punto de la misma península 300 ó 400 mil hombres, han renunciado a las probabilidades de un éxito rápido; y tendrán que emplear la misma o mayor masa poco a poco, gradualmente, en el reemplazo de bajas, sin llegar a alcanzar la superioridad numérica, porque ésta, para ser eficaz y cierta, ha de revelarse desde luego, en un momento dado, y no como resultado de la suma de tiempos. Han emprendido los aliados esta empresa como una de tantas expediciones coloniales, sin advertir que iban a habérselas con un ejército regular mejor organizado y más bravo de lo que creían.

El integrar el ejército con contingentes allegadizos de las procedencias más diversas, fué otro error. Se buscaba el número y no la calidad, y ha resultado lo inevitable: que el peso de los combates han concluido por soportarlo las tropas europeas, cuyas pérdidas, a la larga, serán mayores que si se hubiera dado desde el principio perfecta unidad al ejército.



## II.—Debilidad de las alianzas en las guerras defensivas

Comentando el estado de la guerra después de las derrotas en Galizia, el *Russkiy Invalid*, órgano del mando ruso, reconoce los perjuicios que para la causa de los aliados entraña la división de mandos, recuerda que no ha habido armonía de esfuerzos en los dos frentes, tres ahora, y aboga porque la dirección de la guerra se encomiende a una sola persona, sea de la nación que fuere, elegida por los cuarteles generales de la coalición. Este jefe supremo tendría facultades para ordenar lo que debieran hacer los cuatro ejércitos y, como emanando de una sola persona, sus instrucciones tendrían unidad y las operaciones concurrirían al mismo fin.

Aunque tarde, los rusos han tenido que confesar el vicio fundamental de que adolecen todas las alianzas; pero el periódico aludido va más lejos, porque bien claramente da a comprender que el mando único pondría término al sacrificio del ejército moskovita, haciendo intervenir a los demás de una manera más activa que hasta aquí.

La prensa inglesa, recogiendo la indicación de su colega, la elogia y la admite en principio; apunta, sin embargo, los inconvenientes que se presentarían en la práctica, en razón a la gran distancia que separa a los tres frentes, y a que una sola persona no podría conocer las necesidades militares de la situación en todos los frentes, ni el estado de los respectivos ejércitos, y concluye por sostener que la dirección ha de seguir subdividida como hasta ahora, si bien podrían celebrarse conferencias periódicas de los cuatro cuarteles generales para ponerse de acuerdo y acordar en líneas generales el plan de la acción colectiva. Tan utópica es esta idea como la del periódico ruso y tan irrealizable la una como la otra; si los ingleses no aceptan la del mando único, es porque comprenden que antes de dos meses daría al traste con la alianza y la nación más fuerte abandonaría a las demás.

En la guerra se persigue exclusivamente la salvación y el beneficio de la patria; y como es imposible que dos naciones diferentes tengan los mismos intereses, sus objetivos militares no pueden jamás coincidir. De aquí que en las alianzas siempre haya uno más sacrificado que otro, pero este sacrificio llegaría a ser intolerable en una guerra defensiva—en la que el enemigo es el invasor—si la dirección fuera única. No hay medio de modificar la realidad de las cosas, que han de admitirse como son y no como se quisiera que fueran.

Aun tratándose de una guerra ofensiva o de invasión—la de los austro-alemanes—la unidad es imposible, y de ello hay ejemplos patentes desde agosto de 1914 acá; y cuenta que Alemania y Austria son naciones del mismo origen y de iguales idioma y raza en gran parte.

Rusia se lamentó, con razón, de no haber economizado sangre de sus hijos ni sacrificios de todas clases, mientras que en Francia e Inglaterra ha prevalecido la teoría de la propia conservación. Rusia ha fundado sus esperanzas de victoria en la ofensiva de sus ejércitos, lanzados una y otra vez al ataque; y Francia e Inglaterra esperan el triunfo del desgaste del ejército alemán por sus repetidos choques con el

ruso. Esto es cierto, pero no lo es menos que Francia no hubiera podido soportar los reveses que Rusia, ni se encuentra en estado de prolongar tanto la resistencia, por lo que una acción más enérgica de sus tropas tal vez condujera a su derrota inmediata, y se encontraran entonces los alemanes en estado de lanzar contra Rusia, no a la mayor parte de su ejército, sino todo él.

¿Hasta qué punto y en cuál medida debieran acentuar más su acción los anglo-franceses, en beneficio de los intereses comunes y sin exponerse a una derrota total? ¿Conviene a la coalición que Rusia reserve algo más sus fuerzas o le interesa que las continúe empleando sin regateos? No hay nadie, por genio militar que posea, que pueda equilibrar y concertar en la extensión estrictamente necesaria las operaciones de los tres ejércitos. Si además se hace figurar a Italia, el problema se agranda y complica. Para resolverlo sería menester que el director de la guerra fuese a un tiempo inglés, ruso, francés e italiano, y conociera a fondo las necesidades de sus cuatro naciones y la potencialidad de los cuatro ejércitos.

En suma, si en las campañas victoriosas los vicios de las alianzas se atenúan y suavizan, los defectos crecen, hasta hacerse insoportables, cuando se lleva la peor parte, porque entonces cada uno de los miembros, que esperaba la victoria de la acción de sus aliados, atribuye a la falta del apoyo ajeno los descalabros propios, y antes de reconocer su propia culpa la achaca lógicamente a los demás. Sobreviene el descontento y la alianza se rompe de hecho, aunque continúe en los tratados escritos.

## III.—El desembarco en los Dardanelos

El Gobierno inglés ha dado a la publicidad el parte extensísimo, fechado el 20 de mayo, del general Ian Hamilton, relatando las operaciones en los Dardanelos, desde el 25 de abril al 5 de mayo inclusive.

El general Hamilton llegó al Egeo el 17 de marzo, fué testigo del desastre naval del 18, y desde el primer momento se manifestó partidario de la cooperación de un ejército de desembarco. Acordada esta empresa, el general se ocupó en prepararla desde luego, efectuando minuciosos reconocimientos de la costa, inspeccionando las tropas y los servicios en Egipto, y regresando luego a las bases navales del Egeo. Ultimados todos los detalles, se fijó el desembarco para el 25 de abril, antes de amanecer. Un cuerpo de ejército inglés y otro de australianos y neo-zelandeses y una división naval desembarcarían en la península de Gallipoli, haciéndolo los franceses en la costa asiática, en Kum Kalé.

Las tropas británicas desembarcaron en seis puntos, desde el O. de Krithia al N. de Sedd-el-Bahr, rodeando la extremidad meridional de la península. Las fuerzas enviadas al O. de Krithia tuvieron que reembargar, no pudiendo sostenerse contra los ataques de los turcos. Las dirigidas sobre los fuertes antiguos, en ruinas, de Sedd-el-Bahr, y que tomaron tierra en tres puntos, fracasaron en sus tentativas de avance y sólo consiguieron sostenerse en la playa bajo la protección del fuego de los barcos. Más afortunadas las que desembarcaron al N. O. del cabo



Helles, en dos puntos, tropezaron con menos resistencia, y su movimiento de flanco contra Sedd-el-Bahr permitió ganar terreno a las tropas allí detenidas, siendo los turcos expulsados de sus posiciones y replegándose, después de varios días de furiosos combates, cuatro kilómetros al N. Aparte del valor de las tropas, que lo demostraron en alto grado, la decisión se debió al fuego de las escuadras, contra el que no disponían los turcos de artillería adecuada. Merece consignarse el hecho de que los otomanos demostraran una gran disciplina de fuego, porque en ninguna ocasión lo rompieron hasta que los botes y falúas, muchas de ellas blindadas, tocaban a tierra.

El cuerpo de ejército de Australia y Nueva Zelanda tomó tierra al O. de Gaba Tepé; aunque fué reforzado el día 28 por cuatro batallones navales, sólo pudo sostenerse, al precio de enormes pérdidas, junto al litoral, a un kilómetro del mar. Cuantas veces intentó avanzar, fué rechazado.

Los franceses desembarcaron un regimiento (?) en Kum Kalé (Asia), que tuvo que evacuar la posición al día siguiente, 26; se desistió de llevar la acción a la costa asiática, y el ejército francés desembarcó al N. E. de Sedd-el-Bahr, ocupando el ala derecha de la línea general, donde continúa.

Se menciona repetidamente en el parte la llegada sucesiva de refuerzos a las posiciones enemigas, lo cual indica que el grueso de las fuerzas se encontraba—como es lógico—en puntos centrales, y que el litoral sólo estaba guarnecido por destacamentos relativamente débiles.

El parte termina encareciendo los servicios de las escuadras y los del general francés d'Amade (relevado poco después), y generales ingleses Birdwood, Hunter-Weston y Braithwaite.

Las bajas padecidas en estos primeros once días de lucha fueron: 177 oficiales y 1,990 hombres de tropa, muertos; 412 oficiales y 7,807 de tropa, heridos; 13 oficiales y 3,580 de tropa, extraviados. Total 602 oficiales y 13,377 hombres de tropa. En estas cifras no están incluidas las bajas del ejército francés. Como el efectivo desembarcado hasta el 5 de mayo no llegaba a 80,000 hombres, los números expresados, equivalentes a casi un quinto del total, muestran elocuentemente lo sangriento de los combates y lo bien preparados que estaban los turcos. Nada revela mejor este último hecho, que el detalle siguiente relativo a una de las tentativas de avance ejecutadas por los australianos: «En la noche del 2 de mayo, se hizo un atrevido esfuerzo para tomar una cresta frente al centro de la línea. El fuego de enfilada de las ametralladoras enemigas se dirigió tan científicamente, que perdimos 800 hombres, sin otra ventaja que la de haber causado al enemigo un quebranto adecuado».

Lo más saliente del parte es la afirmación de que la escasez de municiones por falta de medios de transporte, el haberse desembarcado pocas piezas de campaña, y la gran fatiga de las tropas, impidieron el 28 de mayo conquistar Krithia y las alturas inmediatas. Fué forzoso retroceder, y en esta retirada, en la que participaron también los franceses, «el flanco derecho de la 88ª brigada quedó algún tiempo al descubierto, y el regimiento de Worcester sufrió severamente». Todavía hubiera sido posible el avance

dos días después, pero el ejército no se encontraba en condiciones de reanudar la ofensiva. El 29, los turcos atacaron a su vez, y aunque los ingleses se mantuvieron en sus líneas, tras varias alternativas favorables y adversas, los franceses tuvieron grandes pérdidas y no fueron tan afortunados en el sector guarnecido por los senegaleses. En el parte se hacen varias indicaciones sobre las muchas bajas de los franceses y la necesidad en que se vieron de apoyarlos los ingleses, en no pocas ocasiones. Se menciona así mismo el prodigio uso que los turcos hicieron de las alambradas y fogatas o minas terrestres, y se atribuye a las primeras el escaso resultado que tuvieron algunos ataques del invasor. Finalmente, se declara que fuertes reservas otomanas entraron gradualmente en combate; se calcula en 24,000 hombres el efectivo turco estacionado frente al cuerpo de ejército australiano y neo-zelandés (cinco brigadas), que con la artillería correspondiente y los cuatro batallones navales, no debía sumar menos de 28 a 30,000 hombres. Es interesante este detalle, porque dicho cuerpo no pudo sostenerse muchos días en la costa de Gaba Tepé.

#### IV.—La ofensiva rusa al Sur de Lublín y la futura campaña

La calma relativa que reina estos días—12 de julio—en el frente oriental, ofrece ocasión propicia para estudiar la nueva situación que se ha creado en Rusia, sin dejarse llevar de las impresiones que involuntariamente despiertan los grandes acontecimientos militares.

Recordaré, ante todo, que la ofensiva austro-alemana en Galizia fué precedida y acompañada por una desusada actividad en Curlandia. Cuando aquellas operaciones llegaron a su período culminante, los ataques alemanes se extendieron al S. del Niemen, en la región de Maryampol, y se fueron propagando por el Narev, el O. de Varsovia y la Polonia meridional. El ejército alemán amagaba en todo el frente, y golpeaba con energía en Galizia. Debe recordarse también—y en ello no hice el debido hincapié, por la forma confusa con que llegaban las noticias—que cuando los cuerpos rusos del Cáucaso atacaron al N. de Przemyśl, sobrevino una pausa en la ofensiva germana, se varió la dirección de ataque de los ejércitos del archiduque José Fernando, Mackensen y Böhm-Ermolli, y la nueva fase se presentó más clara: se tendía a llegar al Bug para aislar al ejército de Ivanov, y el centro y la derecha austro-alemanas redoblaron sus acometidas. Conseguido aquel objetivo capital, fundamento de la campaña, rechazar al ejército de Ivanov y separarlo del resto de las tropas rusas, quedó inmediatamente planteada otra nueva: batir al centro ruso, ejército de Polonia, hundiéndolo el frente enemigo, completando esta maniobra con un movimiento envolvente de la izquierda (ejércitos de Curlandia y Niemen).

Ni que decir tiene que esa futura campaña requiere una nueva agrupación de fuerzas y preparativos difíciles y laboriosos, por tropezarse con la dificultad, entre otras muchas, de tener que cambiar la línea de operaciones de Mackensen y el archiduque. Recordemos, finalmente, que los ejércitos de los imperios centrales que combaten en este frente



son: Falkenhausen, en Curlandia; Eichkorn, en el Sur del Niemen; Bülow, en el Narev; Below, probablemente, en el Bzura y Ravka; Voysch, en Polonia meridional; José Fernando, al E. del Vístula; Mackensen, entre el Wieprz y el Bug; y en Galizia los de Böhm Ermolli, Linsingen, Bothmer y Pflanzer.

Del lado ruso, después de la caída de Lemberg, el Czar con varios de sus ministros, celebró una

nuas derrotas durante dos meses, a catorce o diez y seis cuerpos de ejército (700 a 800 mil hombres).

Al N. de Varsovia, la situación sigue estacionaria, en espera de que se inicien y desenvuelvan las batallas en Polonia; en Galizia acontece lo mismo: un enérgico avance de los austro-alemanes podría tener como resultado el traslado, lento y por vías tortuosas, pero posible, de los restos del ejército al Bug, antes de que llegaran a él Bothmer y Pflanzer;

Ivanov, con su resistencia en el Zlota-Lipa, tiene inmovilizadas a numerosas fuerzas enemigas, pero realmente, continúan los cuatro ejércitos de Böhm Ermolli, Linsingen, Bothmer y Pflanzer, delante del Zlota? A mi juicio, uno por lo menos, acaso el de Ermolli, está en marcha hacia el N., y es posible que tenga la misión de guardar y vigilar la línea del Bug, para dejar en libertad de movimientos a Mackensen, que ocuparía el centro de ese grupo de ejércitos de Polonia del Sur. Es una mera presunción, que no creo desprovista de fundamento, porque la justifican las conveniencias militares, en lo que cabe apreciarlas desde tan lejos.

La última campaña alemana, y en menor grado también las anteriores, ha reunido los dos caracteres esenciales de simultaneidad de esfuerzos en todo el frente y concentración de fuerzas en el sector elegido. Todas las rusas han carecido del primer requisito y el segundo lo han llenado de un modo imperfecto. Y ahora mismo, al S. de Lublín, en la contra-ofensiva iniciada hace ya diez días, se advierte el esfuerzo en un solo punto, aislado, sin enlace con los demás sectores, por consiguiente, el propósito del gran duque se revela claro y manifiesto, y pone a los austro-alemanes en buenas condiciones para abrir esta campaña.

Una dificultad se les presenta sin embargo. Los rusos, operando ahora en líneas interiores, disponen de toda la red de ferrocarriles, bastante completa, de Polonia, al E. del Vístula, y pueden hacer afluir refuerzos y mover sus masas con relativa rapidez; mientras que los austro-alemanes, privados de esta ventaja, han de moverse pesadamente y reorganizar con sumo cuidado todos los complejos servicios de retaguardia.

El ejército que menos dificultades ha de vencer a este respecto es el del archiduque José Fernando, y él ha sido el llamado a recibir el contragolpe enérgico de los rusos. Tanto si se mantiene en sus posiciones, como si las evacúa sin ser totalmente derrotado, dos hipótesis surgen: 1.ª los rusos han lanzado todas sus fuerzas disponibles contra José Fernando;



El generalísimo francés Joffre, hablando con los generales De Langle de Cary y Guillaumat

reunión en el cuartel general del gran duque, para decidir sobre el partido más conveniente a tomar. A los pocos días, la contraofensiva rusa entre Lublín y Krasnik era un hecho.

Con la ayuda de las fortalezas, las tropas rusas que se encuentran frente a las alemanas, desde Shavli a Radom, están equilibradas con éstas. El ejército del Cáucaso, general Irmanov, con refuerzos procedentes de otros puntos y varios cuerpos sacados de la línea de plazas fuertes, se encuentra al S. de la línea Cholm-Lublín; parece que se organiza a toda prisa otro ejército para situarlo en la línea del Bug, y a ella también se cree que se han trasladado algunas tropas de Ivanov, cuyo ejército, en la orilla Este del Zlota-Lipa, ha quedado reducido, después de la amputación de su ala derecha y de las conti-



2.<sup>a</sup> se encuentra un nuevo y poderoso ejército en el Bug.

En el primer caso, lo mismo si el archiduque se sostiene en sus posiciones que si se bate en retirada, la intervención más adelante de Mackensen y la ofensiva general en todo el frente volverán a poner a los rusos en una situación delicada, porque las tropas de Irmanov, cansadas por la lucha contra las de José Fernando, tendrán que soportar la acometida furiosa que contra su flanco dirigirá Mackensen. En el segundo supuesto, es posible que el grupo de ejércitos austro-alemanes entre el Vístula y el Bug tropiece con una resistencia formidable, pero como la defensa de este sector y el saliente de Varsovia exigirá fuerzas inmensas, entrarán nuevamente en acción los alemanes que hay en Curlandia y acaso también los de Galizia, y la campaña puede tomar un aspecto inesperado.

De aquí que, a mi juicio, la pasividad que se nota estos días en el frente austro-alemán es precursora de un período tanto o más agitado que el de mayo y junio; pero así como entonces el objetivo consistió en derrotar al ejército ruso de Galizia, o sea destrozar el ala izquierda enemiga, ahora se pretende aplastar el centro o destrozar el ala derecha, según la agrupación de las tropas rusas y la resistencia que opongan.

Por lo demás, tal como se está desenvolviendo la contraofensiva rusa al S. de Lublín, no hay que esperar frutos importantes de ella. Cuando una batalla se prolonga diez o más días sin éxito decisivo, la victoria sólo se suele traducir en una ganancia de terreno de algunos kilómetros; y si además el combate no se ha librado más que contra una parte de las fuerzas enemigas, la entrada en línea de las demás puede muy bien conducir a consecuencias imprevistas.

No conociendo el total del ejército ruso, ni la situación de sus diferentes ejércitos, es aventurado hacer pronósticos; con todo, mi impresión es que ha sido un error la contraofensiva al S. de Lublín, porque se presenta con claridad este dilema: si los rusos no disponen ya de reservas importantes, la derrota entre el Bug y el Vístula, seguida del derrumbamiento del sistema de fortalezas de Ivangorod a Kovno, sería el fin de la guerra; y si sus reservas son todavía considerables, la ofensiva debiera ser más extensa, más general, comprendiendo la región del Bug y Curlandia, para evitar, cuando me-

nos, que los ejércitos rusos vayan siendo batidos sucesivamente en detalle.

Lo más probable es que el Czar y el gran duque no se hayan resignado a admitir los resultados decisivos de la campaña en Galizia y llamen apresuradamente tropas de todos lados para hacer frente a los peligros a medida que se van declarando. De ser esto cierto, siguen renunciando a la iniciativa estratégica, y en posesión de ella los alemanes la nueva



En una de las trincheras conquistadas por los alemanes, habían expuesto los franceses los periódicos ilustrados de París

campaña ha de serles tanto o más favorable que las precedentes.

Al quedar fuera de combate la izquierda rusa (Ivanov) se planteó el problema de si convenía o no evacuar la línea del Vístula y emprender la retirada general. Se ha optado por la negativa, y es posible que no tarden en arrepentirse los rusos, toda vez que si se les obliga a evacuarla a viva fuerza, la guerra habrá terminado.

#### V.—La situación el 15 de julio

La ofensiva alemana en Francia se sostiene en diversos puntos del frente, en particular al N. O. de Arras, cerca de Souchez; al N. E. de Soissons; en el bosque de Argona; en los altos del Mosa; en el bosque de la Pétre, junto a Pont-a-Mousson; y en la



alta Alsacia; el invasor ha obtenido algunos pequeños éxitos cerca de Souchez y en el bosque de le Pétre, y otros más importantes en el bosque de Argona, donde el día 14 hicieron 3,756 prisioneros, entre ellos 68 oficiales, y se apoderaron de dos cañones de campaña, dos cañones revolver y seis ametralladoras, además de inutilizar otros ocho cañones. La situación en conjunto sigue, sin embargo, siendo la misma. La mayor actividad desplegada por el ejército del príncipe imperial no presenta por ahora los caracteres de un ataque a fondo. Pero la circunstancia de haberse paralizado las operaciones en Rusia despierta alguna inquietud en los franceses, por si aquella calma fuera debida al envío de fuertes masas de tropas al frente occidental.

No parece probable este hecho, porque la campaña contra los rusos no está terminada, ni podrá darse por concluida hasta que el centro o el ala derecha sufran un revés tan grave como el padecido en Galizia por el ala izquierda. Como quiera, lo cierto es que el ejército de von Mackensen no ha dado apenas señales de vida desde que llegó al Bug. Las tropas del archiduque José Fernando soportaron la contraofensiva de los rusos, al S. de Lublin, y la han contenido definitivamente. Esta circunstancia hace creer que el ejército moskovita concentrado en la línea Lublin-Cholm no es tan fuerte como se había dado a entender, y que Rusia está a punto de agotar sus recursos militares. El frente de batalla entre el Vístula y el Bug sigue el curso del Urzedovka y continúa en línea recta hasta Gradóvetz y el Bug, siguiendo luego este río y prolongándose por el Zlota-Lipa y el Dniester. No ha habido otros combates que en las márgenes del Bug, para asegurarse los alemanes en la orilla izquierda de este río. Si, como creo, se está preparando otra campaña contra Varsovia, está justificada la inacción por la necesidad de dar nueva agrupación a las fuerzas y asegurar los servicios de retaguardia. En el Zlota, los austro-alemanes se limitan a tantear al enemigo y efectuar demostraciones, con el fin de retenerlo en este sector e impedirle que se traslade a otro más importante. Lo mismo acontece a lo largo del Dniester.

Reina calma casi absoluta en Curlandia; en compensación, menudean los combates al S. O. de Ossovietz, en el Narev, como si los alemanes trataran de reconocer las probabilidades de una ofensiva en dirección a Bielostock. No parece fácil un avance en este sentido. Los alemanes se han apoderado de Przasznysz.

Resumiendo, todo parece indicar que nos hallamos en vísperas de una nueva campaña en Rusia, que no tendrá ya un objetivo limitado, como las anteriores, sino que se enderezará a ejecutar operaciones decisivas; en ella habrán de tomar parte todos los ejércitos austro-alemanes, y las batallas se extenderán desde Curlandia a Galizia. Una empresa tan vasta y en teatro tan dilatado, exige difíciles y abundantes preparativos, porque la menor imprevisión podría ser fatal. La calma no durará mucho, porque el verano está avanzado y sólo quedan tres o

cuatro meses favorables para las operaciones activas en grande escala. Por otra parte, la suspensión de los ataques favorece más a los rusos que a los alemanes, porque les da tiempo para allegar fuerzas de las provincias asiáticas y abastecerse de municiones, de suerte que debe tenerse la certeza de que a la inacción en el frente de batalla responde una desusada y extraordinaria actividad en la retaguardia. Los rusos, en las posiciones que ocupan, tienen a su servicio una red de ferrocarriles relativamente densa, y es indudable que el avance alemán, si se realiza, irá acompañado por el tendido de nuevas líneas. Este período, aunque poco brillante e ignorado por el profano, será de un interés excepcional el día que se conozca, y pone a prueba la preparación del ejército, las dotes de mando de los cuarteles generales y la capacidad industrial y económica de todo el país. Cuanto mejor estudiada y preparada sea la nueva campaña, tantas más probabilidades hay de que se desarrolle con rapidez y sin tropiezos. Pero como los rusos están obrando de la misma manera, pronto hemos de ver el choque entre las organizaciones y recursos de los imperios combatientes.

En los Dardanelos, a pesar de que los turcos han sido los que han asumido la ofensiva en los últimos días, los contraataques de los aliados han puesto en manos de éstos el origen del arroyo Dereves, ocupado por los franceses, y los ingleses, en el ala izquierda, también han avanzado algo. Así, por lo menos, rezan los despachos oficiales de los aliados. Las baterías turcas de la costa asiática no han interrumpido el fuego de flanco contra el cuerpo expedicionario francés. Se anuncia la llegada a los Dardanelos de varios submarinos alemanes; ignoro el fundamento de esta noticia, que no parece verosímil.

En el teatro meridional, los italianos no han avanzado un paso en los últimos días; su ofensiva está siendo tenido a raya por los austriacos, que tampoco han sido más afortunados en sus tentativas de avance. Cada día se hace más inexplicable esta campaña desde el punto de vista italiano, porque todo el ejército de la península apenina está siendo contenido por un puñado de austríacos; no corresponde la situación militar al hecho de haber declarado voluntariamente Italia la guerra después de varios meses de preparación, ni al estado de agotamiento en que forzosamente se encuentran sus enemigos. La pregunta que brota espontáneamente en todos los labios es esta: ¿qué hubiera sido de Italia en un choque con su vecina, pudiendo disponer Austria de la plenitud de sus fuerzas militares?

Ha habido algunos combates entre austriacos y montenegrinos, desgraciados para éstos, cerca de Trebinje.

De las operaciones en el Cáucaso es imposible hablar, porque cada día aparecen más confusas y contradictorias, según los despachos que de allí se reciben.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

15 julio 1915.